

ble por la «Corte di Cassazione», el principio del «affidamento» en materia negocial (cf. pp. 202-203).

Además, el Estado pone «filtros» a la inscripción del matrimonio canónico para tener efectos civiles y a la ejecutoriedad de las sentencias canónicas de nulidad. La jurisprudencia italiana reconoce efectos civiles al ordenamiento canónico únicamente en la medida en que estime que haya una suficiente uniformidad entre la disciplina canónica y la civil, actitud que viene a establecer *de facto* una prevalencia del matrimonio civil. De ahí la importancia práctica del estudio comparativo entre ambos ordenamientos, que ocupa la mayor parte del libro. Varios autores estudian sucesivamente la edad, la impotencia, el vínculo, la *amentia*, la *incapacitas assumendi*, la simulación (con la subdivisión civil *vis et metus*). Las principales diferencias parecen darse en las materias del *bonum prolis* y del *bonum sacramentum* (la naturaleza sacramental confiere una firmeza sin correspondencia en el matrimonio civil) y de la *impotentia coeundi* (que propiamente hablando ya no está contemplada en el ordenamiento italiano). En cuanto al dolo, la falta de sentencias en la materia ha sido suplida por un intento de reconstrucción de los principios de los que podrían valerse los jueces civiles. La lectura de esta obra deja ver claramente, y con los debidos matices, que no solamente ambos ordenamientos no se están acercando, sino que siguen una dinámica propia.

J.-P. SCHOUPPE

AA.VV., *Le Saint-Siège dans les relations internationales*, sous la direction de Joël-Benoît d'ONORIO, coll. «Éthique et société», Ed. Cerf-Cujas, Paris 1989, 469 págs.

Este libro recoge las Actas de un Coloquio celebrado el 29 y 30 de enero de 1988 en Aix-en-Provence, por iniciativa del Departamento de Ciencias Jurídicas y Morales del «Institut Portalis», que dirige el prof. Joël-Benoît d'Onorio.

En la primera ponencia, el mismo d'Onorio centra su atención en *La Santa Sede y el derecho internacional* (pp. 9-70). La primera parte se presenta como un estudio de *la personalidad internacional de la Santa Sede*. En ella, el autor mantiene que la Santa Sede no ha dejado nunca de ser un potencia, aun después de perdida su condición de Estado, al concluirse la unidad de Italia en 1870. Lo demuestran de modo elocuente varios hechos de importancia: el crecimiento continuo del número de Estados representados ante la Santa Sede (de 14 en 1870 a 30 en 1939), los casi cincuenta acuerdos diplomáticos firmados en el mismo período y los numerosos arbitrajes del Papa en conflictos entre Estados a petición de los mismos. Con todo ello, no se confunde institucionalmente la Santa Sede con *el Estado del Vaticano*, que goza de una condición jurídica propia, cuestión en su momento ampliamente debatida y hoy en día superada, ya que si bien es verdad que durante largo tiempo sólo se reconocía a los Estados la categoría de

sujetos de derecho internacional, este reconocimiento ha sido también otorgado a los organismos internacionales gubernativos.

En la segunda parte -que trata de la *presencia internacional de la Santa Sede*-, después de presentar la estructura de la Secretaría de Estado conforme a la *Pastor Bonus*, el autor se detiene en la *diplomacia pontificia*, para explicar la formación de los diplomáticos y las distintas categorías de representantes pontificios. De un cuadro que ofrece acerca de la presencia de los laicos en las delegaciones pontificias a lo largo de los últimos cuatro años (1985-1988), se desprende una notable estabilidad del porcentaje (un tercio) de delegaciones pontificias integradas por laicos, con respecto a las reuniones internacionales con participación de la Santa Sede. En cuanto a la *geografía pontificia*, es una traducción de la universalidad misma de la Iglesia, que se refleja también en la internacionalización de la Curia romana.

Unos Anexos ofrecen la lista de los Estados con representación diplomática ante la Santa Sede en el año 1988, de las Nunciaturas apostólicas ante los Estados y, por ende, de las Delegaciones apostólicas.

La doctrina pontificia de las relaciones internacionales según los discursos del Papa Juan Pablo II al Cuerpo diplomático (pp. 71-85), a cargo de Mons. Jean-Louis Tauran, de la Secretaría de Estado, destaca los puntos sobresalientes de estas intervenciones del Romano Pontífice, que corresponden de hecho a la actividad desarrollada cada año por la Santa Sede. Testimonian, además, la preocupación de Juan Pablo II por una auténtica cooperación internacional al servicio del hombre y la confianza que deposita en las naciones para alcanzar las soluciones equitativas y pacíficas que exigen los problemas del mundo contemporáneo. Pueden mencionarse, como temas principales: el diálogo perseverante, el desarrollo efectivo, la justicia inventiva, el desarrollo integral, el respeto de los derechos humanos y de los pueblos.

Seguidamente, Mons. Giovanni Cheli (observador permanente ante la O.N.U.) habla del *lugar y papel de la Santa Sede en las Instituciones internacional* (pp. 87-100). Subraya acertadamente que la Santa Sede juzga que los objetivos que se propone se encuentran mejor garantizados con un estatuto de «observador» que si participase en estas instituciones como miembro *pleno iure*. En la práctica, la única diferencia entre el observador y el miembro es el voto, el cual suele tener un carácter político, ajeno a la naturaleza de la Santa Sede. La lista de los organismos internacionales en los que la Santa Sede tiene una representación es algo incompleta.

Ha sido un acierto optar por publicar *in fine* una conferencia de Juan Pedro de Gandt, Oficial del Consejo Pontificio para las Comunicaciones sociales, sobre la *extensión de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede desde el año 1900* (pp. 421-453). En un tono histórico vivo y cronológico, describe el autor el desarrollo de estas relaciones bajo los sucesivos pontificados de León XIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Los muchos datos que proporciona se enriquecen más aún con informaciones sobre la internacionalización de la administración diplomática pontificia.

Las demás intervenciones se cifan a aspectos más concretos de las relaciones internacionales de la Santa Sede. El prof. Marcel Merle dedica su estudio a la *Santa Sede en*

*las relaciones Este-Oeste* (pp. 101-115), y lo articula en tres períodos: el pontificado de Pío XII: una Iglesia anclada en el Occidente; los pontificados de Juan XIII y Pablo VI: reequilibrio de la posición romana en el eje Este-Oeste; el pontificado de Juan Pablo II: ¿hacia un mesianismo universal?

El prof. Maurice Flory, de Aix-en-Provence, disertó sobre *la Santa Sede en el diálogo Norte-Sur* (pp. 117-136). Tras analizar la presencia de la Santa Sede en dicho diálogo, pasa el autor a presentar el contenido del mensaje de la Iglesia, resumido en dos ideas fundamentales: el desarrollo se fundamenta en exigencias morales, y el desarrollo es la paz. Concluye que de entre todas las autoridades que pueden expresarse en el escenario internacional en términos de moral y de justicia, la Santa Sede es sin duda una de las más influyentes, al ser la única que acumula tres cualidades: al no ser un Estado, no participa en las rivalidades de soberanía y de intereses egoístas; favorece sin embargo los instrumentos necesarios para cumplir con su vocación en una sociedad interestatal; y favorece el relevo transnacional que constituye la Iglesia católica con su capacidad de dirigirse a millones de fieles.

Christine de Montclos-Alix, investigadora en el C.N.R.S. se interesa por *la Santa Sede y Europa* (pp. 137-161). Europa occidental, bastión de la civilización cristiana; la Conferencia de Helsinki y la ampliación de la realidad europea; la búsqueda de la unión perdida, son algunos de los temas de reflexión propuestos por la autora. Es perceptible, en el magisterio de Juan Pablo II, el conceder un papel de primer rango en la evolución del mundo a una Europa hondamente ligada al cristianismo y al mismo tiempo marcada por un conflicto ideológico de primera categoría. De esta forma, la Iglesia redescubriría el sentido de su misión de unidad y una nueva definición de su universalidad.

*La política oriental de la Santa Sede* (pp. 163-191) cubre otro sector de las relaciones internacionales. El P. Antonine Wenger, antiguo redactor en la Embajada francesa ante la Santa Sede, y durante largo tiempo redactor jefe del periódico «La Croix», presenta la elaboración progresiva de la doctrina de la Santa Sede, en especial tal como se desprende de las intervenciones de Mons. Casaroli. El autor sitúa los inicios de una política oriental ya en el pontificado de Pío XII quien, según el Cardenal Wyszynski, fue el único en darse cuenta e inquietarse de que el conflicto mundial hubiera hecho regresar a la Iglesia católica unos 350 kms., del Dniepr al Dón y al Burg. Los primeros pasos propiamente dichos se dan en tiempos de Juan XXIII. Su sucesor en la sede de Pedro conseguirá los primeros resultados.

Llegado a este punto, el autor se detiene en dos casos particulares: Polonia, por haber estado en contacto amistoso y epistolar con el Cardenal Wyszynski desde 1956 hasta su muerte; la U.R.S.S., cuya evolución sigue de cerca desde el año 1950.

De Polonia, recordemos dos observaciones: el movimiento *pax* no es un movimiento izquierdista cualquiera, sino un órgano del aparato policiaco en dependencia directa del ministerio polaco de Gobernación; segundo punto, el abismo de incompreensión entre el Cardenal Villot y el Cardenal Wyszynski, a quien Juan Pablo II dirigirá después de su elección estas palabras conmovedoras y significativas: «No habría sobre la cátedra de Pedro este Papa polaco, si no hubiera existido tu fe, si no hubiera existido tu heroica esperanza, tu confianza ilimitada en la Madre de Dios».

*Las relaciones con los Estados islámicos* están estudiadas por el P. Maurice Borrmans (pp. 271-299), profesor en el Instituto pontificio de estudios árabes e islámicos de Roma y Director de *Islamocristiana*. Establece antes que nada un balance de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con los Estados islámicos o con abundante población musulmana. Un segundo punto tiende a describir y analizar los renovados intentos de los últimos Papas, de sus representantes y de los Dicasterios de la Curia romana -en especial el Secretariado para las relaciones con los (creyentes) no cristianos- para establecer contactos y desarrollar intercambios. Finalmente, al autor no se le escapan las numerosas dificultades que subsisten: a) la falta de instancia representativa por parte musulmana; b) una ignorancia casi completa por los musulmanes de lo que son sus interlocutores, de su fe, culto, moral e ideal; c) las consecuencias negativas de problemas socio-políticos sin resolver, en especial el de las minorías religiosas; d) el renacimiento del Islam contemporáneo. Sin embargo, no faltan algunas escasas «chances» para estimular estas relaciones.

En anexo, el autor trae las listas de las sedes de Nunciaturas y Delegaciones apostólicas y el apellido de sus titulares en los Estados musulmanes en 1989; de los países musulmanes con relaciones diplomáticas con la Santa Sede; de los países musulmanes pertenecientes a la Organización de la Conferencia Islámica.

La actitud de la Santa Sede frente al Estado de Israel y los Lugares Santos de Jerusalén, la examina el prof. Silvio Ferrari, de la Universidad de Parma (pp. 301-321). El no-reconocimiento diplomático de Israel por parte de la Santa Sede se explica por razones políticas: a) problema no resuelto de la internacionalización de Jerusalén; b) tensiones persistentes entre países del Medio-Oriente; c) ausencia de fronteras internacionales reconocidas; d) destino infeliz del pueblo palestino para el cual la Santa Sede sigue reivindicando el derecho a una patria. Sin embargo, es significativa la evolución de la posición de la Santa Sede, sin que Israel esté dispuesto a programar un régimen de extraterritorialidad para Jerusalén más amplio que aquel del que gozan las sedes diplomáticas. La Santa Sede se muestra en este asunto más flexible que numerosos organismos religiosos (el Consejo ecuménico de las Iglesias es propenso a defender la partición de Jerusalén ente Israelitas y Arabes) y políticos (la C.E.E. sigue sosteniendo la petición de internacionalización territorial de la antigua de Jerusalén).

El P. Jérôme Heyndrickx, Director del Instituto China-Europa de la Universidad Católica de Leuven (Bélgica), ofrece una contribución sobre *la Iglesia en China y la Santa Sede* (pp. 367-383). El autor analiza, sucesivamente, los conflictos entre Pekín y Roma en los años cincuenta, el período de confrontación, y el nacimiento del diálogo en el inicio de los años sesenta, que representa el comienzo de la «larga marcha» hacia Pekín emprendida por Juan XXIII y seguida hasta Juan Pablo II. La respuesta de China es cada vez más positiva, con un cambio de actitud hacia la religión, al darse cuenta los dirigentes que los cristianos chinos son ciudadanos y trabajadores modélicos y que, por tanto, podrían ayudar a levantar las normas morales en el país.

*La chinización de la Iglesia en China* (pp. 385-404) es estudiada por el P. Jean Charbonnier, de las Misiones extranjeras de París, responsable en Singapur del Centro de documentación y Relaciones con los católicos en China. Desarrolla su trabajo par-

tiendo del esquema de un discurso de Wang Hao, vicepresidente de la Asociación Patriótica de los católicos en China y vicepresidente de la Comisión administrativa de Asuntos religiosos de la provincia de Jiangsu. Este documento evidencia una línea política de una Iglesia independiente y autónoma, hostil a toda influencia exterior. Esta tendencia la confirman el Directorio eclesiástico de junio de 1980 y la aplicación de la disciplina eclesiástica.

Mons. Jorge Mejía, vicepresidente del Consejo Pontificio *Iustitia et Pax*, interviene sobre el tema sugestivo de *La Santa Sede y las ideologías llamadas de «liberación» en Latinoamérica* (pp. 405-419). Llama la atención sobre la distinción entre ideologías de liberación y teologías de liberación y, por otra parte, entre unas teologías de la liberación y otras, de las que algunas se llaman teologías para encubrir una ideología. Añade que, hoy en día, la manifestación ideológica de la teología de la liberación se ha difundido de modo más vivo y activo en algunas regiones de Asia y África que en Latinoamérica; siendo todavía más peligrosa por el contexto religioso particular de aquellas regiones. Insiste para que se tengan muy en cuenta las orientaciones de Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*.

Como es bien sabido, el asunto del canal de Beagle entre Argentina y Chile ha sido resuelto mediante la mediación internacional de Juan Pablo II. El prof. Gilbert Apollis, de la Universidad de Montpellier, presenta (pp. 323-361) los antecedentes históricos de la mediación pontificia, antes de detallar los datos materiales y jurídicos del litigio sometido al Papa, las condiciones y método de la intervención de la Santa Sede, y la fase final de la solución después del conflicto armado de las Malvinas.

La profesora Marie-Françoise Furet trata el tema del desarme - la paz y lo nuclear (pp. 247-270). En cuanto al recurso a las armas, Pío XII opera un cambio al aplicar también a la guerra defensiva las condiciones de una guerra justa delineadas por el mismo para la guerra ofensiva. Por otra parte, la cuestión de la utilización de las armas cobra igual agudeza que aquella de su detención y no cabe disociar la disuación nuclear del desarme general convencional. Ya en los albores de la segunda Guerra mundial, Pío XII presentó el desarme «mutuamente consentido, orgánico, progresivo», como condición de una paz duradera. En la *Pacem terris*, Juan XXIII insiste en que una verdadera paz tiene que fundamentarse en el aspecto de la dignidad humana y en la promoción del bien común universal.

Queda por reseñar una importante y densa contribución del prof. Joël-Benoît d'Onorio sobre los concordatos y convenciones posconciliares (pp. 193-245). Una primera parte del estudio se refiere a la naturaleza de los documentos concordatarios, que llevan en la práctica unos nombres muy variados. Un largo cuadro permite hacerse cargo rápidamente de los siguientes datos: Estado firmante, naturaleza del documento, fecha de firma, fecha de ratificación, idiomas oficiales, número de artículos, anejos, objeto. También se tiene en cuenta la distribución geográfica de estas convenciones, simultáneamente por continentes y pontificados (desde Benedicto XV hasta Juan Pablo II): para Asia y África existe en todo este período tan solo una convención.

En la segunda parte examina el alcance de los documentos concordatarios: solamente seis convenciones establecen un estatuto general para la Iglesia: Argentina 1966,

Colombia 1973, Perú 1980, Marruecos 1983-83, Italia 1984, España 1979-I. Los demás resuelven cuestiones particulares, en la mayoría de los casos referentes al mundo escolar y universitario (22 en total), o nombramiento de Obispos diocesanos y Ordinarios Castrenses (10), asuntos económicos y patrimoniales (4), erección de nuevas diócesis (3), régimen jurídico del matrimonio católico (Portugal 1975), presencia nacional en Roma (Francia 1974-I), supresión del privilegio del fuero eclesiástico (España 1979-III), organización diocesana (1), creación de un grupo mixto de trabajo (Polonia 1974), proclamación de principios básicos sobre las relaciones entre Iglesia y Estado (Yugoslavia 1966).

Otros muchos datos de interés jalonan la comunicación del prof. d'Onorio, que se extiende largamente en analizar las distintas categorías de libertades reconocidas a la Iglesia en los diversos documentos (notemos de paso que tres Estados se refieren explícitamente a la Conferencia episcopal: Perú 1980, España 1979-I e Italia 1984). Finaliza su intervención con unas consideraciones sobre la modernidad de los documentos concordatarios.

Huelga añadir que estas Actas se han convertido de entrada en «un instrumento indispensable para todos aquellos que se interesan por el Derecho internacional, las relaciones entre Estados, los problemas mundiales y por el lugar de la Iglesia en el mundo moderno».

Así opina en el prefacio el Excelentísimo Señor Jean-Bernard Raimond, Embajador de Francia ante la Santa Sede y antiguo ministro galo de Asuntos exteriores. El lector se habrá dado cuenta de que esa opinión, por lo dicho, está suficientemente fundada.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

AA.VV., *Droits de Dieu et droits de l'homme. Actes de IXe Colloque national des Juristes catholiques, Paris, 11-12 novembre 1988*, Téqui, Paris 1989, 215 págs.

Cuando el vecino país galo se disponía a celebrar el bicentenario de la Revolución de 1789 y de la Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano, era del todo oportuno preguntarse por los derechos de Dios con relación a los derechos humanos. Sirve de telón de fondo a esta investigación el pasaje de la homilía de Juan Pablo II en la Misa de beatificación del P. Rupert Mayer, el 3 de mayo de 1987: «Se habla mucho hoy en día de los derechos humanos. En numerosos países están violados. Pero no se habla de los derechos de Dios. Sin embargo, derechos del hombre y derechos de Dios están estrechamente unidos. Allí donde no se respeta a Dios y su ley, tampoco el hombre puede conseguir que prevalezcan sus derechos... Hoy sigue vigente el siguiente principio: se respetan juntos los derechos de Dios y los derechos del hombre o se violentan juntos».

Son varios los campos asignados a este Coloquio, desde la fundamentación de los derechos humanos hasta su plasmación en el Derecho canónico, pasando por el magis-